SALVADOR MARÍA GRANÉS

MISS HELYETT

(PETITTE)

OPERETA CÓMICA EN UN ACTO, EN VERSO

refundida y arreglada á la escena española

MÚSICA DEL

Maestro Audrán

Este ejemplar no podrá venderse y sirve sólo de manuscrito para representar la obra

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

MISS HELYETT

(PETITTE)



MISS HELYETT

(PETITTE)

OPERETA CÓMICA EN UN ACTO, EN VERSO

refundida y arreglada á la escena española

POR

SALVADOR MARÍA GRANÉS

MÚSICA DEL

Maestro Audrán

Estrenada y representada en tres actos por la misma compañía durante **462** noches en los teatros TÍVOLI de Barcelona, ZARZUELA de Madrid, PRINCESA de Valencia y PRINCIPAL de Zaragoza, y estrenada la refundición en un acto en el TEATRO DE LA ZARZUELA de Madrid, el 27 de Abril de 1905

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11

Teléfono número 551

—

1905

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MISS HELYETT............	SRTA.	MONTESINOS.
	SRA.	CALVÓ (C.)
LOLA........................		SILVESTRE.
DOÑA CIRCUNCISIÓN... ...		GONZÁLEZ (N.)
LILÍ...........................		MENDOZA.
ASUNCIÓN....................		GARCÍA.
SMITHSON...	SR.	ARANA.
RICARDO......................		ARISTI.
LEÓN..........................		RUIZ DE ARANA.
JAIME.........................		VERA.
ISIDORO......................		BAYO.
GENERAL......................		MORAL.
MANUEL......................		GALERÓN.

Horizontales, pintores, bañistas, mozos, músicos, etc.

Nota importante. Los Sres. Comisionados de la *Sociedad de Autores Españoles* cobrarán los derechos según se represente esta obra en uno ó en tres actos, especificándolo así al remitir sus cuentas á la *Sociedad.*

A Loreto Prado

A no existir usted para gloria del arte, no me habría ocurrido la idea de hacer esta refundición de Miss Helyett.

Soñé con verla á usted interpretar ese papel.

Dificultades musicales nos han obligado, con mutuo sentimiento, á renunciar á tal propósito.

No importa. Siempre será usted la madrina de Miss Helyett (petitte).

La admira y la quiere su afectísimo amigo,

Salvador María Granés.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Gran salón del Gran Casino de Val-Montois en los Pirineos. Al fondo la terraza á la que se sube por tres escalones, y en la cual están colocados los músicos. Dan paso á la terraza tres grandes arcadas. A la derecha, en sngundo término, mesa de lectura con libros y periódicos, y una botella ó jarro de agua elegante con bandeja, sillas de Viena alrededor de esta mesa. Al fondo derecha, un perchero con bastones de guía colgados y el cubre-polvo de la tiple. Sillería rica con sofá en la escena. Alfombra de losas. A la derecha, en primer término, un elegante espejo de cuerpo entero con pie.

ESCENA PRIMERA

LEÓN, LOLA, CIRCUNCISIÓN, JAIME, ISIDORO, MANUEL, LILÍ, ASUNCIÓN, SMITHSON, MISS HELYETT, horizontales, pintores, bañistas, músicos, criados, etc., etc. Al levantarse el telón, la orquesta situada en la terraza toca un vals que bailan León con Lola, Jaime con doña Circuncisión, Isidoro con Lilí y Manuel con Asunsión. Dos ó tres parejas más del coro. El resto queda en grupos contemplando el baile. Helyett y Smithson sentados en la mesa de lectura leyendo

Música

LEÓN (Después del primer motivo del vals balanceando á Lola á compás de la música.)
¡Qué placer!

LOLA ¡Qué inmenso gozo!

LEÓN ¡Bailar contigo estrechándote

en mis brazos, Lola amada!
¿Puede haber dicha más grande?

LOLA — Sí, la de cuando seamos
esposos en vez de amantes.

CIRC. — (Pasa cerca de Lola valsando, y sin detenerse dice á León.)
Se lo he dicho á usté mil veces:
no quiero que mi hija baile

LEÓN — ¡Pero si baila conmigo!

CIRC. — Ni con usted ni con nadie.
(Se aleja valsando con Jaime.)

LEÓN — ¡Ay qué madre, Lola mía,
tienes tan insoportable!

LOLA — Mírala. Ya va á pasar.

LEÓN — Huyamos antes que pase.
(Se alejan valsando rápidamente.)

Acto

ESCENA II

DICHOS menos LOLA y LEÓN

JAIME — (Desembarazándose del brazo de doña Circuncisión.)
Gracias mil por este vals
que se ha dignado otorgarme.

CIRC. — ¡Lola!... ¿Dónde está mi hija?
¡Se la ha llevado ese infame!
¡Si le cojo entre mis uñas,
le desgarro como un guante!
(Vase por el foro derecha. El vals termina después de algunos compases bailados sin diálogo.)

ESCENA III

DICHOS menos DOÑA CIRCUNCISIÓN

JAIME — (Va á sentarse donde están Miss Helyett y Smithson.)
Me ha hecho esa pícara vieja
bailar con ella tres valses.
(La orquesta preludia el rigodón.)

ISID. — (Hablado y viniendo á colocarse en primer término con Lilí, teniendo vis á vis á Manuel y Asunción.)
¡Plaza! ¡Plaza al rigodón!

¡Hermosas horizontales!
Tened presente que estamos
entre gente *fashionable.*
Os suplico que al bailar
guardeis las formas sociales.

LILÍ
Guardaremos esas formas,
y las otras... no te alarmes.
(Música. Comienza el rigodón.)

ASUN.
(A Isidoro, después de bailar la primera figura con corrección.)
¡Creo que estoy... filadelfia!

ISID.
Con tal de que no te canses...

LILÍ
(A Asunción.)
¡Hija, me estás dando unas
ganas de... extralimitarme!

ASUN.
(Haciendo un movimiento de can-can)
Yo me lanzo.

LILÍ
Y yo también. (Bailando.)

ISID
Chicas, que hay gente delante.

LILÍ
Mejor.

ISID
Esto ya es un río
que se ha salido de madre.
(Desbordándose en el can-can. Concluído éste, Helyett se levanta y pasa al centro de la escena en ademán amenazador seguida de su padre y Jaime)

Hablado

HEL.
¡Shoking! ¡Shoking! ¡Shoking! ¡Shoking!

SMIT.
¡Helyett, Helyett! ¡Cálmate!

HEL.
Ese modo de bailar
es al pudor un ultraje.

ASUN.
(Burlándose.)
¿Al pudor? ¡Miren la cursi!

LILÍ
¡La señorita hecha á escape
de *pan pringao*!

HEL.
(Furiosa.) ¿Pan pringao?
(Se dispone á boxear.)

SMIT.
(Con voz imperativa.)
¡Helyett!

HEL.
(Cambiando de actitud y en tono muy humilde.)
Es verdad, padre.
La palabra del Señor
nunca debe predicarse

á las almas pecadoras
con acentos de coraje.
Con dulzura hay que ilustrarlas
en las divinas verdades.

Música N.º 2.

(Helyett, colocada entre Jaime y Smithson, saca de su escarcela un pequeño libro; Jaime y Smithson sacan otro cada cual. Los tres figuran que leen lo que cantan.)

HEL. (Leyendo.)
Dios manda á la mujer
que si ser quiere honrada,
no enseñe al hombre nada
que no se pueda ver.
Los ojos y las cejas
enseñar no es desliz,
la boca y la nariz,
la frente y las orejas.
Es pecado mortal
lo que al pudor ofenda.
(Moviendo á compás la cabeza de alto á bajo.)
El Señor nos defienda
y nos libre de mal.

JAIME } SMIT. } (Igual movimiento de cabeza.)
El Señor nos defienda
y nos libre de mal.

HEL. Solamente el alma pura
que del bien marcha en pos,
en el reino de Dios
hallará la ventura.
Al conyugal deber
someterse es forzoso;
nada más que el esposo
lo podrá todo ver.

JAIME } SMIT. } Nada más que el esposo
lo podrá todo ver.

HEL. Tan sólo él
lo puede ver.

(Los tres dan media vuelta, siempre Helyett en medio: y se dirigen hacia el foro. Todo el coro les sigue en dos filas llevando el compás del ritornello, hasta que al verlos desaparecer dan todos una gran carcajada burlándose y bajan al proscenio.)

ESCENA IV

DICHOS menos HELYETT, SMITHSON, JAIME y RICARDO

RIC. Esperad. Allá voy yo.
TODOS ¡Bravo!
RIC. (Bailando exageradamente.)
Valor é imitadme.
(Galop final que pone en dispersión á los bañistas. Ricardo de pie y subido sobre una silla. Los pintores le rodean agrupados á él. Los músicos se retiran.)

ESCENA V

RICARDO, ISIDORO, MANUEL, LILÍ, ASUNCIÓN, horizontales

Hablado

ISID. ¡Salve, artista aristocrático,
rival de Goya y Velázquez!
Desde hoy en los Pirineos
será el buen humor constante,
pese á esos bañistas cursis,
reumáticos y holgazanes.
RIC. Te engañas, porque os advierto
que no vengo á solazarme.
ISID. ¿Pues á qué has venido aquí?
RIC. A trabajar.
ASUN. Que te calles.
LILÍ ¿Trabajar tú?... ¡El haragán
mayor de los haraganes!
RIC. Tengo un cuadro principiado.
ASUN. Ya lo sé. Tres años hace.
RIC. ¡Y qué asunto tan hermoso!
«Mujer desnuda delante
de un espejo.»
ISID. (Indicando la cara anterior y la posterior.)
«Cara y cruz.»
ASUN. La mujer por sus dos fases.
RIC. (A Isidoro.)
Tú que la has visto, ¿te gusta?

ISID. Sí, la figura es brillante,
pero falta de unidad.
RIC. Como que todas las partes
de aquel conjunto son copias
de distintas unidades.
(Señalando á las horizontales.)
Todas estas me han servido
de modelos.
LILÍ ¡No te alabes!

Música

RIC. No existe la beldad completa
y hay que copiar de cada cual
cualquiera perfección secreta.
Así del arte el noble atleta,
al calor de su paleta,
hace surgir el ideal.

—

¿De quién copié yo en mi figura
los rojos labios de clavel?
MOD. De Isabel.
(Todas señalan á una de ellas, que avergonzada se cubre el rostro con su abanico.)
RIC. ¿De quién copié la frente pura
que da á mi Venus expresión?
MOD. De Asunción.
(El mismo juego de antes, y siempre que contestan.)
RIC. El blanco seno de mi diosa,
¿quién se lo tuvo que prestar?
MOD. Fué Pilar.
¿Y aquella espalda deliciosa
que está en mi lienzo, de quién es?
(Señalando á una.)
La de Inés.

—

RIC. Cuando revistar suelo
toda mi colección,
lleno de admiración
recuerdo á la modelo.

—

¿De quién copié el breve pie
cuya blancura es infinita?

MOD. (Como antes.) De Rosita.

RIC. ¿De quién el talle dibujé
cuyo recuerdo me alborota?

MOD. De Carlota.

RIC. ¿De quién copiar pudo el pintor
la pierna más contorneada?

MOD. De Librada.
Y en fin, ¿quién fué?...

UNA (Adelantando hacia Ricardo y tapándole la boca.)
¡Calla, hablador!

RIC. ¿..... la que copié en sesión secreta?

TODAS ¡Enriqueta!

Hablado

RIC. Y ahora adiós, bellas huríes.
Voy á mudarme de traje.
(Se dirige á la primera izquierda.)

LILÍ En el jardín te aguardamos.

RIC. Hasta luego.

TODAS Que no tardes.
(Al ir á marcharse señala á León y Lola que han salido por el foro del brazo y se han quedado en la terraza hablando.)

RIC. ¿Quiénes son esa pareja?

ISID. Dos tipos insoportables,
que aquí mismo, en nuestras barbas,
pasan la vida arrullándose.
(Burlándose de León, vase Ricardo, primera izquierda.)

ISID. ¡Valiente sombrero lleva!

ASUN. Es un paraguas flotante.
(Vanse todos riéndose por el foro, cruzándose con Lola y León que en este momento bajan á la escena.)

ESCENA VI

LOLA y LEÓN

LEÓN ¡Cuánto ansío nuestra unión!

LOLA (Acento andaluz.)
Pues el remedio es bien llano.
¿Por qué no pides mi mano
y nos casamos, León?

LEÓN Vida mía, has dado ya
en el punto más sensible.
Es que tengo un miedo horrible
á tu querida mamá.
Ataco á diez batallones,
lucho con lo que tú quieras,
me atrevo... hasta con las fieras,
pero con tu madre... nones.

LOLA Dile toda la verdad.
Si mi madre es una malva.

LEÓN Se la digo y no me salva
ni la paz y caridad.

LOLA Mamá tiene una manía:
como es andaluza, es justo
que le cause mucho gusto
todo lo de Andalucía.

LEÓN Me das un rayo de luz;
y pues eso á ella la ensancha,
aunque he nacido en la Mancha,
haré por ser andaluz.
Tengo un traje jerezano:
con él la daré placer,
y me lo voy á poner
para pedirle tu mano.

LOLA Mientras te pones el traje,
yo así... con coquetería
la abordo.

LEÓN Sí, vida mía,
hay que entrar al abordaje.

ESCENA VII

DICHOS y MISS HELYETT. Miss Helyett saluda ceremoniosamente y se dirige á la mesa de lectura donde se instala

LOLA (A León.) ¡Mira la americanita!
¡Qué seria y qué pretenciosa!

LEÓN ¡Vamos, no seas celosa!

LOLA ¿Te gusta?

LEÓN Sí que es bonita.
Pero yo lo que te digo
es que ayer, hoy y mañana,
mejor que una americana

(Señalando á Helyett.)
me gusta un gabán de abrigo.
(Abrazando á Lola. Vanse León y Lola cogidos del brazo hablando con animado diálogo.)

HEL. ¡Van haciéndose de miel,
y la parejita es bella!
¡Y qué pegajosa es ella,
y qué antipático es él!

ESCENA VIII

MISS HELYETT luego RICARDO. Al llegar á la terraza León suelta del brazo á Lola, la que se va por el foro derecha. León baja y pasa por delante de Helyett haciéndola una profunda reverencia y hace mutis por la primera izquierda al tiempo de salir Ricardo con un album, y el bastón de excursionista: ambos se saludan

RIC. Voy á emprender mi excursión.
(Reparando en Helyett.)
¡Una muchacha!

HEL. ¡Qué veo!
(Con alegría yendo hacia él.)
¡Don Ricardo!

RIC. ¡Hola, chiquilla!
¿Tú por aquí?

HEL. Ya hace tiempo.
¡Creí que no se acordaba
de mí!

RIC. ¡Vaya si me acuerdo!
¿Cómo olvidar á mi amiga,
la niña de ojos de cielo,
que me dió tan buenos ratos
con sus infantiles juegos?

HEL. (Con gravedad.)
¡Han pasado ya dos años
y he cambiado en ese tiempo!

RIC. ¿Te acuerdas cuando jugábamos
al volante?

HEL. (Saltando con mucha alegria.)
¡Ya lo creo!
(Transición.)
Es decir... creo que sí...

(Muy seria.)
Conservo un vago recuerdo...

RIC. ¿No jugamos este año?

HEL. ¿Jugar?... ¡Estaría bueno!
Usted, Ricardo, fué siempre
el amigo y compañero
de la niña, cuando niña.
Pues bien, yo se lo prometo,
ya mujer no olvidaré
jamás tan gratos recuerdos.
(Le tiende la mano sacudiéndola á la americana cuando él se la estrecha.)

RIC. Pero en fin, será preciso
que desde ahora nos hablemos
con alguna ceremonia...
Que te suprima el tuteo...

HEL. Ya irá usted acostumbrándose.

RIC. ¿Quién, yo? Ni puedo ni quiero.
¡Señorita Helyett!
(Inclinándose ceremoniosamente. Pausa. Transición. Medio mutis.)
¡Adiós,
graciosísimo muñeco! (Vase corriendo)

ESCENA IX

HELYETT. A poco SMITHSON

HEL. ¡Vaya un joven más osado!

SMIT. (Que al cruzarse con Ricardo ha cambiado con él un saludo.)
¿Has visto á Ricardo?

HEL. Sí.
Hace un momento que aquí
al pasar me ha saludado.

SMIT. No pretenderá, hija mía,
tratarte en la actualidad
con la familiaridad
que antes contigo tenía.

HEL. Sin tenerle que advertir
que no estoy ya en la niñez,
¡me respetó!... (¡Alguna vez
Dios nos permite mentir!)

SMIT. (Con gravedad.)
¡Hija de mi corazón!
Tenemos mucho que hablar.
HEL. Ya puede usted empezar;
le oiré con resignación.
SMIT. De los mandamientos célicos
te inculqué las notas graves:
hijo y nieto, como sabes
de Pastores evangélicos,
para alcanzar el Eden
que es morada del Señor
los imito y soy Pastor
evangélico también.
A propagar el Decálogo
me consagro No te cito
los muchos libros que he escrito,
porque tienes el catálogo.
HEL. La última obra que en Gante
dió usted á luz... y que yo
me sé de memoria, no
se aparta de mí un instante.
(Saca el libro de la escarcela.)
SMIT. Guía á la eterna salud,
y hasta el título hay que ver.
(Sacando otro libro y abriéndolo.)
«Del pudor en la mujer,
Manual de la virtud.»
HEL. Milagroso resultado
dieron sus máximas puras
en aquellas criaturas
que aquí, no ha mucho, han pecado.
Sintieron rubor profundo
cuando con airado gesto
leí el artículo sexto
del capítulo segundo.
SMIT. De eso te quiero yo hablar
y te voy á reprender.
HEL. Pues no llego á comprender
en qué he pedido faltar.
SMIT. Perdiste la sangre fría
presa de cólera aleve,
cosa que nadie hacer debe
y menos una hija mía.
HEL. ¿Cómo no inspirarme horror

el espectáculo odioso
de aquel baile escandaloso
que aun recuerdo con rubor?
Me saca de mis casillas,
—no lo puedo remediar—
que haya gentes que al bailar...
enseñen las pantorrillas.

SMIT. Comprendo la situación
y en ella tomo gran parte;
viajando pretendo darte
alegría y distracción.

HEL. Ese es un placer bien tonto.

SMIT. Ya tendrás otros también,
pues como tú sabes bien
te voy á casar muy pronto.

SMIT. Aunque no sientas amor,
te consta que oficialmente
cuentas con un pretendiente.

EL. ¿Jaime Bobín?

JAIME (Que ha oído las últimas palabras.)
Servidor.

ESCENA X

DICHOS y JAIME BOBÍN

SMIT. ¡Querido señor Bobín!

JAIME (Que habla siempre con marcado acento inglés.)
Oí que estaban hablando
de mí. Yo soy, en efecto,
modelo de enamorados.

SMIT. (A Miss Helyett.)
Cierto. Dejó por seguirnos
á su familia en Chicago,
sus negocios, sus amigos...

JAIME Todo, es verdad, lo he dejado.
Todo por Miss Helyett,
por aspirar á su mano
y por pedírosla siempre
con anhelo, sin descanso;
con la constancia de un perro,
con la paciencia de un santo.

HEL. ¿Es decir, que usted me ama?

JAIME ¿Pues no dice que si la amo?
HEL. ¿Me ama... como á una mujer?
JAIME ¿Cómo he de amarla? ¡Canario!
HEL. (Aparte.)
(¡Ah!... Pues no todos me juzgan
chiquilla, como Ricardo.)
¡Qué feliz me hace usté, Jaime!
JAIME ¡Cómo! ¿Me ama usted acaso? (Con alegría.)
¿Será mi esposa?
HEL. Hasta cierto
punto.
SMIT. ¿Qué punto? ¡Canastos!
¿Qué quieres decir?
HEL. Que Jaime
hoy queda por mí aceptado
como futuro... interino,
futuro... suplente...
JAIME ¡Vamos!
¡Como futuro imperfecto!
SMIT. (A Jaime.)
¡Es usted un gran gramático!
HEL. Dentro de un mes cumpliré
la edad en que se casaron
mis siete hermanas mayores.
SMIT. Es verdad; diez y seis años.
HEL. Pues bien, ese día, Jaime,
seré suya.
JAIME (Loco de alegría.)
¡Cielos!
HEL. (Conteniéndole.) ¡Alto!
Seré su esposa á no hallar
un hombre más de mi agrado,
y por el cual se interese
mi corazón.
JAIME Hecho el trato;
HEL. ¿Quiere usted más?
JAIME Me conformo:
aunque hubiera deseado
un matrimonio de amor.
SMIT. Escuche usted éste párrafo.
(Sentenciosamente y leyendo en su libro.)
«El sabio no busca nunca
la dicha en su grado máximo,
y sabiendo que no existe

goce completo en lo humano;
renuncia á tenerlo todo
y se contenta con algo.»

JAIME Un sabio hace todo eso;
pero yo no soy un sabio.
(Durante este diálogo, Miss Helyett toma un cubre polvo, se lo pone y coge un bastón largo. Todo ha de estar en el perchero del foro.)

HEL. ¿Conque conformes?

JAIME Conformes.
(Se estrechan las manos sacudiéndoselas tres veces, á la americana.)

HEL. Con su permiso me marcho.

SMIT. ¿A tu ascensión cotidiana?

HEL. Sí, á la montaña; es mi rato
más feliz, paisaje espléndido,
aire puro y perfumado....
y aquel agua deliciosa
que brota entre los peñascos.

SMIT. Peligrosa es la ascensión.
Cualquier descuido, un mal paso...

JAIME Me decido á acompañarla. (Siguiéndola.)

HEL. Si me sigue usted, me enfado.

JAIME Creo que tengo derecho
porque soy, al fin y al cabo
su prometido oficial.

HEL. No, Jaime, no confundamos:
mi prometido... interino.
No se aumente usted un grado.
(Subiendo á la terraza.)

JAIME ¿Cuándo lograré el ascenso?

HEL. En cuanto se cumpla el plazo.
(Vase Miss Helyett.)

ESCENA XI

SMITHSON y JAIME BOBÍN

JAIME (Viniendo al proscenio.)
¿Cree usted que me amará?

SMIT. Yo no puedo asegurarlo.

JAIME ¿Se enamorará de otro?

SMIT. Hombre, no sea usted pesado.

Pronto empezará el concierto
y quiero acudir exacto.
Hoy se estrena una gavota.
Conque... abur, hasta otro rato.
(Se aleja saludando á su paso á Ricardo é Isidoro que salen por el foro derecha.)

JAIME ¡Bah! Todo son treinta días.
Esperaré resignado.
(Sacando el reloj y mirando la hora.)
¡Caramba! El tiempo preciso
para escribir á Chicago:
y que va á tener la carta
lo menos tres pliegos largos.
(Vase primera izquierda.)

ESCENA XII

RICARDO é ISIDORO

RIC. Vamos, qué, ¿no te decides?
ISID. ¿A acompañarte hasta el pico
de la montaña? No, chico,
es mucho lo que me pides.
RIC. Pues me voy á mi excursión.
Adiós.
ISID. ¿Vendrás pronto?
RIC. Sí.
(Vase por el foro derecha.)
ISID. Corro á buscar á Lili;
no la he dado mal plantón.
(Vase primera puerta izquierda.)

ESCENA XIII

LOLA y DOÑA CIRCUNCISIÓN. Han salido por el foro derecha cruzándose con Ricardo, á quien saludan

CIRC. ¡Vaya, he dicho que no quiero,
y no esperes que transija!
LOLA Pero, mamá...
CIRC. ¡Dar mi hija
al hijo de un ganadero!

LOLA — Es rico.

CIRC. — ¿Y qué? ¡Buena es esa!

LOLA — Tiene una dehesa.

CIRC. — ¡Bah!
¡Pues por lo mismo tendrá
el pelo de la dehesa!

LOLA — Eso no me importa nada.

CIRC. — Augura un mal porvenir
¡irse un casado á vivir
en medio de una torada!...

LOLA — ¡Si viviera mi papá,
no sería tan cruel!

CIRC. — (Con sensibilidad cómica.)
¡Basta! Me has hablado de él.
¡Dispuesta á todo estoy ya!

LOLA — ¿Con que te ablandas por mí?

CIRC. — Sí.

LOLA — ¿Le hablarás sin desdén?

CIRC. — Sí.

LOLA — ¿Seré su esposa?

CIRC. — Bien.

LOLA — ¿Y nos querrás mucho?

CIRC. — Sí.

LOLA — ¿Prometes dejarle quieto?

CIRC. — Sí.

LOLA — ¿No le arañarás?

CIRC. — ¿Yo?...
No... digo sí... digo no.
Eso no te lo prometo.
Anda á llamarle.

LOLA — (Señalando á la primera izquierda.)
Allí está.
(Mirando hacia adentro.)
¡Qué gallardo y qué elegante!

CIRC. — (Cuando le tenga delante
no sé lo que pasará.)

ESCENA XIV

DICHAS, LEÓN. Luego SMITHSON

LEÓN — (Al que Lola trae agarrado y avanza con precaución hacia doña Circuncisión. Viene vestido con traje jere-

zano, chaquetilla, calzón corto, polainas de cuero y sombrero calañés. Con mucha timidez.)
¡Señora!

LOLA (A León, bajo.)
¡Valor!

LEÓN ¡Señora!
(Circuncisión le ha vuelto la espalda sin mirarle.)
Yo vengo... yo deseaba...

CIRC. (Se vuelve, repara en él y da un grito de rabia.)
¡Ah!

LEÓN (Retrocediendo asustado.)
¡Gran Dios!

CIRC. ¡Profanación!
¿Y te atreves, Pica-vacas,
á presentarte á mis ojos
así... vestido de máscara?
Tú, un innoble ganadero,
un paleto de la Mancha,
con chaquetilla y calzón
y calañés y polainas?
Tú, miserable manchego,
¡vestido á la jerezana!

LEÓN (Balbuciente.)
Señora... yo vine así...
con intención... de agradarla.

CIRC. (Estallando de cólera.)
¿A mí? ¿Gustarme tú? Mira,
mira el gusto que me causas.
(Se lanza sobre León y le agarra por el cuello.)

LOLA ¡Mamá, mamá, no le ahogues!

SMIT. (Interponiéndose.)
¡Señora, tenga usted calma!
(Doña Circuncisión arroja bruscamente á León que va rodando y cae sobre una silla sofocado.)

LOLA ¡Perdón, mamá, yo le amo!

CIRC. Que se quite sin tardanza
ese traje que deshonra;
que cubra su innoble facha
con la librea manchega
que es la digna de su raza:
que pida otra vez tu mano
y veremos lo que pasa.

LOLA Ven, apóyate en mi brazo.
(¡Pobre León! Me da lástima.)

LEÓN He asistido á muchas tientas
de reses en mi torada,
pero nunca ví una res
como mi suegra de brava.
(Vanse Lola y León por la izquierda corriendo, al ver un movimiento de amenaza de doña Circuncisión.)

SMIT. (Que se ha quedado solo con doña Circuncisión.)
¡Qué desgracia es tener hijas!

CIRC. Y cuánto cuesta casarlas.

SMIT. ¿No es por lo visto ese yerno
el yerno que usté soñaba?

CIRC. No señor, no; me revienta,
le odio con toda mi alma;
pero si un día me cargo...
(Aprieta el cuello á Smithson con ambas manos.)
¡cric! le aprieto la garganta.
(Vase primera izquierda.)

ESCENA XV

SMITHSON solo

SMIT. ¡Harpía!... ¡Bah! De aquí á un mes
estará Helyett casada,
y Jaime será su esposo.
¡Soberbio! La cosa marcha.
(Va á sentarse en un sillón con un periódico en la mano que toma de la mesa de lectura. En este momento Helyett aparece por el fondo bajando de la terraza y entra en escenata mbaleando y sofocada, con el rostro alterado, la cabeza desnuda, el cabello suelto y en desorden, y el sayal guarda polvo desgarrado.)

ESCENA XVI

SMITHSON y HELYETT

SMIT. Helyett, hija mía,
dime qué te ha pasado, ¡Dios bendito!
(Helyett se deja caer sobre una silla.)

¿Un susto?..
(Helyett levanta los ojos al cielo con desesperación.)
¿Una desgracia? ¡Qué agonía!
(Helyett intenta hablar, pero hace signos de que no puede. Smithson va á buscar un vaso de agua que habrá en la mesa de lectura, y se lo da á Helyett.)
Toma... bebe un traguito.
(Mientras bebe ella.)
¿Acaso una caída,
por buscar de la cumbre el pronto acceso,
ha puesto en riesgo tu preciosa vida?

HEL. ¡Ay! ¡Si no hubiera más que eso!

SMIT. Habla, yo te lo pido.
¿Qué es lo que te ha ocurrido, Helyetita?

HEL. ¿Qué es lo que me ha ocurrido?
¡Una cosa inaudita! (Levantándose.)

SMIT. Me asustas.

HEL. Una cosa
tan grande, tan atroz, tan espantosa,
que aunque decirla ansío,
no sé cómo contarla, padre mío.

SMIT. Vamos, ten más aplomo,
y cuéntala, Helyett, no importa cómo.
(Bajando al proscenio.)

HEL. Igual que suelo hacer diariamente,
hoy tuve la manía, en mí no extraña,
de ir á beber el agua de la fuente
que en la cúspide está de la montaña.
Vi desde aquel paraje
colmados mis deseos,
admirando el espléndido paisaje
que ofrecen desde allí los Pirineos.

SMIT. ¡Al grano, al grano, vamos! (Impaciente.)

HEL. ¡Pues en el *grano* justamente estamos!
(Pausa.)
Ante aquel espectáculo grandioso
sentí así... un no sé qué vertiginoso:
con la vista turbada
y mi pobre cabeza mareada
intenté no caer, ¡vano trabajo!
¡dí en tierra!

SMIT. ¡Desgraciada!

HEL. Y comencé á rodar...

SMIT. ¿Cabeza abajo?

HEL. ¡Ay, sí!
SMIT. ¡Desventurada! (Pausa.)
HEL. De pronto en mi caída
me sentí detenida
por un pequeño arbusto que prendido
de sus ramas tenía mi vestido.
¡Ay, padre mío! el cielo me dé modo
para poder decírselo á usted todo.
SMIT. (Sacando un libro y leyendo con gravedad.)
«¡Cuanto más escabrosa
de decir la verdad, es más hermosa!»
HEL. (Confortada.)
¡Thank you! Ese aviso grato
me anima á que prosiga mi relato.
(Pequeña pausa.)
No acierto á describir, es imposible,
la situación horrible
en que yo me encontraba.
(Con intención y muy marcado, señalando con el dedo índice hacia el suelo.)
¡La ley de gravedad es inflexible
y yo sujeta á su rigor estaba! (Pequeña pausa.)
En semejante estado
y en una situación como la mía,
juzgue usted, padre amado,
la vergüenza, el terror que yo tendría.
Mi único anhelo era
que la maldita rama se rompiera
y seguir mi caída sin trabajo
conservando... el *anónimo* hasta abajo.
De pronto escuché un grito.
Era la voz de un hombre.
SMIT. ¡Dios bendito!
¿Y aquella voz venía?...
(Levantando el dedo sobre la cabeza.)
HEL. ¡Por encima de mí!
SMIT. ¡Pobre hija mía!
HEL. Algún ascensionista, de seguro,
de la cumbre bajaba,
y al verme en tal apuro
salvarme deseaba.
Yo, confusa, temblando,
al sentirle que se iba aproximando,
quise escapar ligera

para que no me viera;
pero estaba mi traje
de tal modo sujeto en el ramaje,
que antes de que llegara
mi salvador, como recurso único,
me arrebujé la cara
y la oculté en la falda de este túnico.
¡Luego sentí un vahido,
cerré los ojos y perdí el sentido!
(Pausa.—Transición.)
Cuando al cabo de un rato volví en mí,
miré á mi alrededor y á nadie ví.
Aun conservaba el rostro arrebujado
como cuando me había desmayado.

SMIT. Pero, ¿y tu salvador?

HEL. Noble y sincero
obró como un perfecto caballero.

SMIT. ¡Y no saber quién es!...

HEL. No hay un indicio
de ese desconocido misterioso,
que al impulso de un móvil generoso
llevó á cabo por mí tal sacrificio.

SMIT. Pues eso no es bastante:
el texto de mi libro es terminante.
Tú no puedes tener ya más esposo
que ese desconocido misterioso.

HEL. «Capítulo primero,
artículo vigésimo tercero.»
(Se oye la música de la gavota en la primera puerta derecha. Helyett recita lo siguiente como inspirada.)
Existe un hombre al que por ley sagrada,
desde hoy estoy ligada.
Y sea viejo ó joven, grande ó chico,
ilustrado, ignorante, pobre ó rico,
ese desconocido misterioso
juro á usted padre, que será mi esposo.

SMIT. (Con solemnidad.)
Juremos encontrarle.

HEL. Juremos consagrarnos á buscarle.
(Extendiendo ambos las manos sobre el libro.)

SMIT. (Prestando oído á la música.—Con melancolía.)
¡El alma me extasía cada nota!
¡La primera audición de la gavota!
Adiós, vida tranquila y sosegada.

Esta es la vez primera que deserto
y no estoy en mi silla acostumbrada
escuchando el concierto.
¡Señor, yo te lo pido!
¡Que parezca ese ser desconocido!

HEL. (A Smithson.)
Voy á emprender la campaña
con valor, astucia y fe.
El deseo no me engaña.
¡Padre, yo descubriré
al hombre de la montaña!

Música

(Que empalma con el recitado anterior)

HEL. Dios manda á la mujer
que si ser quiere honrada, etc.

(Repetición del cántico religioso combinado con la gavota que tocan dentro varios instrumentos. Acabado el cántico, Helyett y Smithson suben lentamente hacia el foro, ella apoyada en su hombro y él ciñéndola la cintura.—Telón.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Jardín del hotel

ESCENA PRIMERA

SMITHSON, LEON, ISIDORO, MANUEL, LOLA, DOÑA CIRCUNCISION, LILÍ, ASUNCION, HORIZONTALES, PINTORES, BAÑISTAS, MOZOS, MAITRE D'HOTEL y GUÍAS 1.° y 2.° Todos los personajes están instalados por grupos alrededor de mesas y veladores esparcidos por todas partes y hasta sobre la terraza. En la primera mesa de la derecha Lola, León y doña Circuncisión. En la primera izquierda Lilí, Asunción y General. En el centro Isidoro, Manuel y Horizontales. Los Guías se adelantan á cantar

GEN. (A Smithson que viene á sentarse á la mesa que aquél ocupa.)
¡Perdón! ¡Ese no es su sitio!
SMIT. ¿Estorbo?
GEN. Precisamente
estorbar... no, pero estamos
conversando, y no conviene...
SMIT. Yo estoy bien.
GEN. ¿Pero y nosotros?
SMIT. No me molestan ustedes.
LILÍ ¡Tiene gracia el buen señor!
GEN. (Levantándose)
Diga usté, señor vejete,
¿busca usted un lance?
SMIT. ¿Yo?...
¡Un pastor manso y clemente!
(Con cólera.)
Y además, lo que yo busco
no le importa á usted.
GEN. (Rabioso.) ¡Mil pestes!
SMIT. (Para sí y levantándose.)
Decir que espío á mi prójimo!
(Aparte y cambiando de tono.)
Y lo malo es que no mienten.

No he sacado nada en limpio
de ese grupo... á ver si en este...)
(Smithson se ha ido acercando al grupo donde están León, Lola y su madre en ocasión de que León se ha levantado á pedir lumbre á Isidoro, y al ver la silla vacía, se sienta en ella.)

LEÓN (Que vuelve.)
Caballero, esa es mi silla.

SMIT. (Sin levantarse.)
No importa.

LEÓN (Con aire de matón.)
¡Cómo se entiende!...
¡Soy León Bravo!

SMIT. (Saludando siempre sentado.)
Mil gracias.
(Alargándole la mano.)
Tanto gusto en conocerle.

LEÓN Ya desde ayer, señor mío,
está usted impertinente,
oyendo conversaciones
en las que nadie le mete
y espiando á todo el mundo
como un policiaco imbécil.

SMIT. ¿Yo imbécil? (¡Resignación!
Mis paternales deberes
me imponen tal sacrificio.
Y... nada sigo en mis trece.
Voy por aquí á ver si encuentro
un indicio que me oriente.)
(Continúa durante lo que sigue circulando de mesa en mesa entre los grupos del fondo.)

ESCENA II

DICHOS y MISS HELYETT. Cruza la escena rápidamente una silla de mimbre cubierta, que va acercándose á los grupos

ISID. (A las muchachas.)
Mirad.

MAN. ¿Qué diablos es eso?

ISID. Anda solo.

MAN. ¿Quién lo mueve?
(Isidoro se acerca. Vuélvese la silla frente al público y aparece dentro de ella Helyett.)

ISID. ¡Helyett!
LOLA (Con desdén.) ¡La Miss!
TODOS ¡Já, já!
HEL. (Con tono seco.)
¡Cada uno va donde quiere!
(Hace dar una vuelta á la silla y después de culebrear por la escena desaparece rápidamente por el foro.)

ESCENA III

DICHAS. Luego, RICARDO

LILÍ (A Isidoro.)
Oye, ¿y tu amigo Ricardo?
ISID. Subió hace rato á la fuente
de la montaña.
LILÍ ¿A estudiar
paisajes?
ISID. Mira, ahí le tienes.
(Ricardo aparece tercer término izquierda con el album en la mano abierto y absorto contemplando una de sus hojas.)
¿Has trabajado?
RIC. Muy poco.
(A Isidoro.)
Tengo que hablarte. ¿No vienes?
ISID. Te acompañaré. (A los otros.)
Hasta luego.
LILÍ (Al verlos subir del brazo á la terraza donde se detienen, dice á los demás burlándose.)
¡Chicas! ¡Pílades y Orestes!
(Lilí se va riéndose y burlándose con Manuel por la izquierda. Durante esta escena han ido marchándose todos los grupos, unos en dirección del parque, otros por la escalera hasta dejar sola la escena.)

ESCENA IV

SMITHSON. A poco, RICARDO é ISIDORO

SMIT. Es difícil, ya lo sé,
sin el indicio más leve.
(Viendo á Ricardo é Isidoro del brazo bajar de la terraza, hablando con animación.)

Alguien llega. Hay que escuchar
muy disimuladamente.

(Bajan Ricardo é Isidoro por la terraza hablando. Este cuenta en mímica su aventura á Isidoro. Smithson los sigue procurando acercarse para escuchar, mientras ellos se sientan en las dos primeras mesas y pasean luego. Smithson se les acerca y los otros hacen un gesto de impaciencia. Vanse apresuradamente por la primera derecha y á poco les sigue Smithson. Música en la orquesta durante toda esta escena mímica. La escena queda sola unos instantes.)

ESCENA V

RICARDO é ISIDORO que vienen inmediatamente

ISID. Comprendo lo que te apura,
pues la cosa lo merece.
RIC. Y dime, ¿qué te parece
tan singular aventura?
ISID. Que has sido un héroe, chico,
en tu peligrosa hazaña.
Yo conozco la montaña,
subí hasta el último pico.
Y no es fácil, por mi fé,
salvar á quien la pendiente
rueda; pero... francamente,
¿quién era ella?
RIC. No lo sé.
ISID. (Con incredulidad.)
¿No la has visto?
RIC. En su caída,
—yo no sé por qué motivo—
quizá el terror instintivo
del que va á perder la vida,
ó el deseo natural
de preservar su belleza,
le hizo cubrir su cabeza
con la falda del sayal.
ISID. ¿Y á la heroína de esa historia
que en tí ejerce tal influjo,
tu lápiz la reprodujo
en el album de memoria?

RIC. (Vivamente.)
No, no tracé la figura.
Hice un boceto en color
del paisaje encantador
donde ocurrió la aventura.

ISID (Queriendo cogerle el album.)
Déjame ver...

RIC. (Resistiéndose.) Sí...

ISID. ¿Quizá
temes que lo vea yo?
¿Tan mal hecho está?

RIC. (Ofendido.) Eso, no.
¿Mal hecho?... Míralo.
(Abre el album y se lo entrega á Isidoro.)

ISID. (Mirando la página con admiración.)
¡Ah!

Música

(Isidoro coloca el album abierto sobre la mesa del centro y éste se sienta quedando Ricardo de pie y así cantan todo el dúo.)

ISID. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Soberbio punto de vista!
RIC. ¡Ah!.. ¡Ah!... ¡Soberbio punto de vista!
ISID. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué paisaje seductor!
RIC. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué paisaje seductor!
ISID. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡La perspectiva imprevista!
RIC. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡La perspectiva imprevista!
ISID. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué bien estuvo el pintor!
RIC. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué bien estuvo el pintor!
LOS DOS (Riendo estrepitosamente.)
¡Já, já, já, já!
¡Já, já, já, já!
¡Já, já, já, já, já, já!

final

—

ISID. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué divinos horizontes!
RIC. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué divinos horizontes!
ISID. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué suavidad de color!
RIC. ¡Ah!... ¡Ah!.. ¡Qué suavidad de color!
ISID. ¡Ah!... ¡Ah!.. ¡Qué penumbra en los montes!
RIC. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Qué penumbra en los montes!
ISID ¡Ah!... ¡Ah!.. ¡Es un sitio encantador!
RIC. ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Es un sitio encantador!
LOS DOS ¡Já, já, já, já! etc.

Hablado

ISID. (Después del dúo, Ricardo toma el album de la mesa. Isidoro estrecha la mano á Ricardo.)
Mi cordial enhorabuena
al paisajista sublime.

RIC. Ahora que lo has visto, dime:
¿vale ó no vale la pena?

ESCENA VI

DICHOS y SMITHSON

SMIT. (¡Me hicieron perder su pista
pero yo soy incansable!)

RIC. (¡Este hombre es inaguantable!)

ISID. (¡Es un testigo de vista!)
(A Smithson con mal humor.)
Le prevengo una vez más
que me cargan los moscones
que oyen las conversaciones
por delante y por detrás.
(Smithson mira á Isidoro que se aleja con Ricardo y entran en el hotel.)

ESCENA VII

SMITHSON; luego HELYETT

SMIT. (Cuando ambos han desaparecido.)
¡Cuánto tengo que sufrir!

HEL. (Con la silla foro derecha.)
¿Supo usted algún detalle?
¿Ha averiguado usted algo?

SMIT. Nada, hija. ¿Y tú?

HEL. (Con desaliento.) Nada, padre.

SMIT. Estamos lucidos, hija,

HEL. (Mirando hacia el hotel.)
¡Silencio! Alguien viene.

SMIT. Jaime.
Ya no me acordaba de él.

HEL. ¡Pobre chico; hay que enterarle!
SMIT. Entérale tú.
HEL. No, no.
¡Eso es cosa de los padres!
(Coge la silla y vase precipitadamente foro izquierda dejando la silla junto al bastidor.)

ESCENA VIII

SMITHSON; á poco JAIME

JAIME (Que baja de la terraza y corre hacia él.)
¿Es usted? Cuánto me alegro,
querido suegro. (Le abraza.)
SMIT. Alto ahí.
Abráceme usté, eso sí;
pero no me llame suegro.
JAIME ¿Y por qué? He reflexionado
respecto á mi situación
y veo que no hay razón
para estar desanimado.
Todo es cuestión de aguardar
y en el éxito confío.
SMIT. (Cogiéndole las manos con aire de conmiseración.)
No espere usté, amigo mío,
Ya no hace falta esperar.
JAIME (Muy contento)
¿Se abrevió el plazo de un mes?
¿Puedo casarme en seguida?
SMIT. (Sentenciosamente.)
Hay momentos en la vida...
JAIME (Con alegría.)
¡Qué buena... qué buena es!
¿Se ha decidido quizás?
Hable ya, saberlo ansío.
SMIT. Mi hija, pobre amigo mío,
no será de usted jamás.
JAIME (Estupefacto.)
¿Qué dice?
SMIT. Jaime, oiga usté,
aunque le ponga en un potro.
Mi hija se casa con otro.

JAIME ¿Otro?... ¿Quién es?

SMIT. No lo sé.
Por eso busco la clave.

JAIME ¿Pero existe ese galán?

SMIT. Existe, y se casarán.
Es lo único que se sabe.

JAIME Y usted, ¿por qué me hace daño
y perjudica á mi amor?
Engañarme así un pastor:
¡el director de un rebaño!
(Suspirando.)
En fin, ¿aquí ya que hago,
si Helyett no ha de ser mía? (Sollozando.)
Al nacer el nuevo día
marcho otra vez á Chicago. (Más afligido.)
(Dirigiéndose á la terraza,)
¡Adiós... mujer que me engaña!
(Llorando muy fuerte.)

SMIT. (¡Pobre Jaime! ¡Cuánto diera
porque este muchacho fuera
el hombre de la montaña!)

JAIME (Despidiéndose ya en la terraza.)
¡Adiós!

SMIT. (Para sí.) (¡Oh! ¡qué luminosa
idea!... Sí... Nos salvamos:
porque si al otro no hallamos,
puede arreglarse la cosa.)
(Corriendo á buscar á Jaime que acaba de dejarse caer, con la cabeza entre las manos en una mecedora de la terraza.)
Jaime, venga usted acá.
No llore usted, ¡qué demonio!
¿Quién sabe si el matrimonio
por fin se efectuará?

JAIME (Sollozando.)
¡No es posible! (Bajando lentamente.)

SMIT. Sí, señor.
Ya hay que ver por otro prisma.
¿Quiere usted que Helyett misma
le dé su mano y su amor?

JAIME (Ya al lado de Smithson.)
Para esa victoria extraña,
¿qué hay que hacer?

SMIT. Hablarla hoy.

JAIME Bien.

SMIT. Y decirle: «Yo soy
el hombre de la montaña.»

JAIME (Sin comprender.)
¿De la montaña?...

SMIT. Y sin más
cae de su amor en las redes,
y en fin, se casan ustedes
esta semana quizás.
(Mirando hacia el parque.)
Ya viene.

JAIME ¿Se va usted?

SMIT. Sí.

JAIME (Temblando.)
Tengo miedo.

SMIT. ¡Ea, valor!
Si hace falta apuntador,
yo estaré escondido allí.
(Señalando á la silla de Helyett que dejó en primer término derecha.)
Va usted á entrar en campaña.
Serenidad. Allí estoy.
Ya lo sabe usted: «Yo soy
el hombre de la montaña.»
(Vase rápidamente y se oculta en la silla.)

ESCENA IX

JAIME, HELYETT, SMITHSON oculto. Helyett sin ver á Jaime ha ido á sentarse á la mesa del centro preocupada y ensimismada

JAIME (Ni aun ha reparado en mí.
Evitemos las sorpresas.)
(Tosiendo muy dulcemente para llamar la atención de Helyett.)
¡Ejem! ¡Ejem! (Ni por esas.)
¡¡¡Ejem!!! (Tosiendo muy fuerte.)

HEL. (Volviéndose sin levantarse y sorprendida.)
¡Jaime!

JAIME Jaime, sí.

JAIME (Balbuceando.)
Pues... (La lengua se me traba.)
Pues es el caso... (Yo sudo.)

(Echando una mirada desesperada donde está oculto Smithson.)
(¡Diablo! Esto es más peliagudo
de lo que yo me pensaba.)
(Smithson desde su escondite le hace señas para animarle.)
Hablaré... pero ante todo
no me miré usté así, ¿eh?...

HEL. Bueno, no le miraré
ni así, ni de ningún modo.
(Le vuelve un poco la espalda para oir su revelación.)

JAIME Yo soy...
(Muy conmovido y con voz turbada. Termina la frase accionando en mímica.)

HEL. (¡Cosa más extraña!
No oigo nada.)
(Smithson desde su escondite le anima con sus gestos.)

JAIME (Ea, allá voy.)
Pues bien... (Me lanzo.) (Con aplomo.)
(Muy alto.) ¡Yo soy
el hombre de la montaña!
(Helyett, de un brinco, se pone en pie.)

Música N.º 12

JAIME Sí, yo soy, no que no,
el hombre de la montaña,
y nadie es más que yo
el hombre de la montaña:
Si usté busca con fe
al hombre de la montaña,
aquí le tiene usté,
el hombre de la montaña.
Dar su mano ofreció
al hombre de la montaña;
pues bien, aquí estoy yo:
¡el hombre de la montaña!

HEL. Puesto que sé
que ha sido usté
el que llevó á cabo tal hazaña,
sin vacilar
me enlazaré
con el hombre de la montaña.

JAIME — Pues ya usté ve
que he sido el que
ha realizado tal hazaña,
sin vacilar
cásese usté
con el hombre de la montaña.

Hablado

HEL. — (Resignada.)
Casi esposos somos ya,
y usted bien sabe el por qué.
JAIME — ¡Pues es claro que yo sé
el por qué! (¿Por qué será?)
HEL. — Usted es bueno y honrado
y generoso y discreto.
Guarde usted siempre el secreto.
No hable nunca del pasado.
JAIME — Aunque me ofrecieran cien
millones, no diré nada.
HEL. — Ni la alusión más velada
á lo que usted sabe bien.
JAIME — Ni ahora ni en el porvenir
de mí el secreto saldrá.
(Pero, señor, ¿qué será
lo que no puedo decir?)
HEL. — Ahora de mi padre en pos
vaya usted, amigo fiel,
y vuelva al punto con él.
Yo les aguardo á los dos.
JAIME — (Vivamente.)
¿Su papá? Bien cerca está.
HEL. — ¿Dónde? (Smithson le hace señas de que se calle.)
JAIME — (Deteniéndose á ver las señas.)
No sé... (¡Soy un tonto!)
Pero le encontraré pronto.
HEL. — Búsquele usted.
JAIME — Voy allá.
(Miss Helyett va lentamente á sentarse donde estuvo antes sin ocuparse de Jaime.)
SMIT. — (Saliendo de su escondite y bajo á Jaime.)
¿Está usted contento?
JAIME — Sí.

SMIT. Pues venga usted á buscarme,
(Recalcando mucho todo esto.)
y cuando logre encontrarme
vendremos juntos aquí.
(Desaparecen un momento.)

ESCENA X

MISS HELYETT ensimismada

¡El! ¡Desengaño cruel!
Ayer me siguió quizás
á la montaña; es lo más
natural que fuera él.

ESCENA XI

MISS HELYETT, SMITHSON y JAIME, que vienen el uno tras el otro

SMIT. Jaime acaba de decirme...
HEL. Sí; ya es cosa decidida.
Nuestra boda puede hacerse
dentro de muy pocos días.
JAIME Hoy mandaré por el cable
á Chicago la noticia;
porque ayer había escrito
diciéndole á la familia
que aunque ya tenía esposa
era á treinta días vista.
HEL. (Con extrañeza.)
¿Eh?
JAIME (A Miss Helyett.)
Como usted se negó
á admitir mi compañía
para subir á la fuente,
me fuí á mi cuarto en seguida,
aprovechando su ausencia,
para escribir la misiva.
HEL. (Con agitación.)
De modo que mientras yo
á la montaña subía...

JAIME Precisamente.

SMIT. (Le hace signos desesperados para que se calle.)
(¡Qué imbécil!)

HEL. ¿No salió usted?

SMIT. (Repitiendo los signos.) (No me mira.)

JAIME Fué una carta de seis pliegos.

SMIT. *(¡Consumatum est!)*

HEL. ¡Qué indigna
falsedad! (Yendo agitada de un lado á otro.)

JAIME (Sin notar nada.) Más de tres horas
estuve escribiendo.

SMIT. (¡Atiza!)

JAIME (Fijándose en los movimientos de miss Helyett y en los aspavientos de Smithson.)
¿Pero qué tienen ustedes?

HEL. ¡Y lo pregunta!

JAIME Pero, hija,
¿es delito el escribir
mientras usté recorría
las alturas?

HEL. ¡Impostor!

SMIT. ¡Imbécil!

HEL. ¡Farsante!

SMIT. ¡Li!a!

JAIME ¿Pero qué jaleo es este?

HEL. Usted no ha sido en su vida
el hombre de la montaña.

SMIT. (¡Adiós, reventó la mina!)

HEL. ¿Será usted capaz aún
de sostener tal mentira?

JAIME (A Smithson.)
¡Voy á perder la cabeza!

SMIT. ¡Bien poco se perdería!

HEL. Ya me figuraba yo
que esto era una farsa inicua,
un engaño.

JAIME ¡Poco á poco!
No es posible que yo admita
insultos por culpa ajena.
¡Helyett, soy una víctima!
Su papá me aconsejó (Señalando á Smithson.)
que en la primera entrevista
dijese á usted: «¡Soy el hombre
de la montaña!»

SMIT. (¡Maldita
lengua.)
HEL. Cómo, padre, ¿usted
fué el que ideó tal intriga?
SMIT. (Bajo á Jaime.)
¡Me está usted comprometiendo!
JAIME Digo la verdad clarita.
Con tal que me salve yo,
que perezca la familia.
HEL. (A Jaime.)
Todo acabó entre nosotros.
JAIME Pero...
HEL. (Volviéndole la espalda.)
¡No me hable en su vida!
(Vase á la terraza.)
JAIME (A Smithson.)
La culpa la tiene usted.
SMIT. Usted con sus tonterías.
JAIME ¿Y qué recurso me queda?
SMIT. (Con tono burlón.)
Pues transmitir la noticia
de nuevo á los de Chicago
en otro telegramita. (Vanse uno tras otro.)

ESCENA XII

MISS HELYETT. Luego LEÓN, LOLA y DOÑA CIRCUNCISIÓN

HEL. (En la terraza.)
¡Hasta mi padre me engaña!
Ya de todos desconfío.
¿Quién habrá sido, Dios mío
el hombre de la montaña?
Viene gente. Si pudiera
escuchar algo... Veamos.
(Se oculta tras la mecedora.)
CIRC. (A León.)
Está muy mal que vayamos
solas... si nos ve cualquiera...
LEÓN ¿Por qué ha de estar eso mal?
Yo tengo mucho que hacer.

CIRC. ¡Lo que usted debe tener
es un miedo colosal!
LEÓN ¿Miedo yo? (Con bravura.)
CIRC. Hasta la presente
nunca nos ha acompañado.
LOLA Cierto; siempre has rehusado
el subir hasta la fuente.
LEÓN Miedo á una montaña... ¡Vaya!
cuatro, cinco, una cadena.
Recorrí Sierra Morena
y he subido al Himalaya.
Trepo como por ensalmo
sin sentir nunca mareos,
conozco los Pirineos
roca á roca, palmo á palmo.
Sobre el pico más erguido
he puesto mi nombre yo.
CIRC. Pues hijo, nadie lo vió.
LEÓN Porque allí nadie ha subido.
LOLA (¡Debía ser andaluz!
¡Pobrecito y cómo miente!)
LEÓN ¡Dudar de que soy valiente!...
¡Eso es dudar de la luz!
(A Circuncisión)
Nunca me alabo á mí mismo.
Pero oiga usted...
(Con misterio.) Yo salvé...
CIRC. Hombre, sí... relate usté
algún acto de heroísmo.
(Guasona. Helyett presta atención.)
En esa misma montaña...
(Señalando la del foro.)
LOLA ¿Qué? (Con interés.)
CIRC. ¿Salvó usted á alguien?
LEÓN Sí.
HEL. (Desde la terraza.)
(¡Qué escucho! ¡A que este hombre aquí
desenreda la maraña!)
LOLA ¿Ves, mamá?
CIRC. ¿Conque salvó?...
¿Y hace mucho tiempo?
LEÓN ¡Quiá!
HEL. (¡Cielo santo si será!...)
(Empieza á bajar para oir mejor.)

LEÓN No debo alabarme yo:
más conste de un modo fiel,
que hay quien me debe su vida.
CIRC. ¿Y es persona conocida?
LEÓN De todos.
HEL. (¿Si será él?...)
LEÓN Pero dejando esto aparte,
lo que hoy colma mi alegría
es que pronto, vida mía,
podré mi esposa llamarte.
Tú mamá tan buena es
que accede á que nos casemos.
CIRC. Sí.
LEÓN ¡Qué felices seremos
los dos!
CIRC. ¿Los dos? ¡Quiá! ¡Los tres!
LEÓN ¡Ah! ¿Pero usté vivirá
con nosotros?
CIRC. Justamente.
LEÓN (A Lola con desesperación)
¡Condenado eternamente
á sufrir á tu mamá!
CIRC. (Aparte á Lola.)
Este ya no se te escapa.
No temas que otra le atrape
(Alto á León.)
Me voy á vestir á escape,
porque quiero estar muy guapa.
(León se ríe.)
No te burles. Mi persona
fué hace años, nueve ó diez,
el asombro de Jerez...
LEÓN (¡Juana la Rabicortona!)
CIRC. Ven, niña. (Haciendo medio mutis.)
LOLA (Despidiéndose.) Abur, mi León.
LEÓN Abur, sol que me embelesa.
CIRC. (Desde la terraza.)
¡Niña! (Vase Lola corriendo.)
LEÓN ¡Qué perro de presa
es doña Circuncisión!

ESCENA XIII

LEON y HELYETT

(Al ir á salir León se encuentra con Helyett que baja de la terraza y le detiene.)

HEL. ¡Don León!
LEÓN ¡Miss Helyett!
HEL. Un momento.
LEÓN Usted dirá.
HEL. He escuchado su relato
por una casualidad,
porque yo no tengo nunca
la costumbre de escuchar.
LEÓN (Si sin escuchar se entera,
cuando escuche, ¿qué será?)
HEL. ¡El lance de la montaña
que usted no quiso contar,
es un rasgo, de seguro,
que raya en la heroicidad!
(Estrechándole la mano.)
LEÓN (Procurando desligarse.)
¡Muchas gracias, señorita!
Usted es tan buena y tan...
(Quiere soltarse y no puede.)
¡Abu!
HEL. (Deteniéndole por fuerza.)
¡Alto, caballero!
LEÓN (Sacudiendo la mano dolorida.)
¡Qué puños! ¡Qué atrocidad!
HEL. (Cogiendole de nuevo la mano y sacudiéndosela tres veces.)
Quiero, exijo, necesito
oir esa historia.
LEÓN ¿Cuál?
HEL. No intente usted escaparse.
LEÓN (¡Quién me ha metido á inventar!..)
HEL. Según dijo usted, la historia
es muy reciente.
LEÓN Sí tal.
HEL. ¿De ayer mismo?
LEÓN De ayer mismo.

(Pues ya tengo yo mi plan.
Todo cuanto diga ella
se lo repito y en paz.)

HEL. ¿Usted salvó?...

LEÓN A una persona.

HEL. ¿A alguna joven quizás?

LEÓN (¡Pobrecilla! ¡Tiene celos!)
A una joven.
(Haciendo ademán de marchar.)
¿Puedo ya?

HEL. (Deteniéndole y haciéndole girar como un peón.)
¡Alto!

LEÓN (¡Pues no me he metido
en flojo berengenal!)

HEL. Esa joven resbaló.

LEÓN Justo.

HEL. Y comenzó á rodar.

LEÓN ¡Ya lo creo que rodaba!
¡Con una velocidad!

HEL. Iba á hundirse en el abismo.

LEÓN El camino era hacia allá.

HEL. Y un arbusto la detuvo.

LEÓN ¡Arbusto providencial!

HEL. Entonces se lanzó usted
á salvarla.

LEÓN Claro está.

HEL. ¡Qué rubor sería el suyo!

LEÓN ¡Un rubor fenomenal!

HEL. ¡Estaría desmayada!

LEON ¡Póngase usté en su lugar!

HEL. (Con desfallecimiento,)
Basta: ya no hay duda alguna.
Ya no quiero saber más.
Seré su esposa. (Queda ensimismada.)

LEÓN (Me adora
y la pobrecita está
celosa de una mujer
que no ha existido jamás.)

HEL. Solo me extraña un cosa:
y es que usted, tan lenguaraz,
no haya referido á nadie
una aventura, así, tan...

LEÓN Por pura modestia y
por otra causa además.

¡Esa aventura tendría
algo de particular,
si aquella mujer hubiera
sido una divinidad!

HEL. (Ofendida)
¿No era guapa?

LEÓN ¡Así... así!...
Como todas las demás.

HEL. En circunstancias tan críticas...
es difícil reparar...

LEÓN Siempre se forma una idea
aproximada ó cabal,
y á la persona en cuestión...
la examiné y... la verdad...

HEL. ¿Qué? (Con interés.)

LEÓN Nada: que no la ví
nada de particular.

HEL. (Furiosa.)
¡Grosero!

LEÓN (Asustado.) ¿Cómo?

HEL. ¡Grosero!
(Dándole un bofetón.)
¡Toma y así aprenderás!
(Vase por la terraza. León la sigue y va á decir algo pero Helyett le amenaza con el box.)

ESCENA XIV

LEÓN, LOLA, y DOÑA CIRCUNCISIÓN vestida algo ridícula

CIRC. Aunque esta boda me aflija
á aprobarla me acomodo.
Mi deber es ante todo
hacer feliz á mi hija.

LOLA (Con alegría.)
¡Mamá de mi corazón!

CIRC. Voy sin perder un segundo
á anunciar á todo el mundo
que hoy te caso con León.

LEÓN No, déjeme usted á mí
dar estos pasos primeros.
(En voz alta.)
Señoras y caballeros,
vengan ustedes aquí.

ESCENA XV

Todos los personajes anteriores y Coro general

Música

LEÓN — Venid, venid, amigos míos;
os va á decir mi futura mamá
que á mis amantes desvaríos
el premio da,
pues mi boda consiente ya.
(A Lola.)
Mi bien, mi bien ~~bendito~~, querido
muy pronto vamos á ser
tú mi gentil mujer
y yo tu maridito.

CORO — Día feliz, bendito,
muy pronto van á ser,
ella su fiel mujer
y él su maridito.
Día feliz, bendito,
muy pronto van á ser,
ella su fiel mujer
y él su...

HEL. — (Adelantando solemne con su padre por el centro de la escena.)
¡Alto ahí! ¡Alto ahí! ¡Alto ahí!

CORO — (A media voz.)
Según su ademán y su voz,
aquí va á pasar algo atroz.
¿Por qué esta unión, que es acto serio,
á interrumpir los dos vendrán?
El origen de este misterio
es preciso al fin aclarar.
(Con toda la voz.)
A ver si se aclara el misterio.
(A Helyett y á Smithson.)
¿Por qué venís á interrumpir así?
¿Qué es lo que buscais aquí?

HEL. — (Señalando á León.)
Este hombre mío es ya.

LOLA — ¡Qué atrevimiento!

HEL. Escuchad. Jamás tal casamiento
se verificará.
SMIT. ¡Jamás!
CORO ¿Por qué razón?
HEL. ¿Por qué? Porque mi esposo
ha de ser León. (Señalándole.)
LOLA ¿León?
CORO (Asombrado.)
¡Ah!
LOLA Con rabia comprimida.)
En verdad que es gracioso
el querer por esposo
al galán que rendí
y está muerto por mí.
La mujer que andaluza es,
da un [redacted] á cualquier inglés.
¡Ay de tí, pobrecita inglesa!
Rival mía quieres ser,
mas si yo te llego á coger
te reduzco á pavesa.
(Desafiándola puesta en jarras.)
¡Ay, rediós! no me hagas el bú,
porque no te lo llevas tú.
Es mi afán
llevarme al galán,
si tú quieres, bien,
y si no... también.
CORO La mujer que andaluza es, etc.

—

CORO A la inglesa la van á pegar
LOLA La araño si llega á chistar.
HEL. (A Lola.)
Contra esa Lola
me basto sola.
(Con desparpajo.)
Intrépida andaluza
que las uñas aguza,
ni tú, ni otra mayor
me inspira á mí temor.
Porque yo, sin tanto gritar,
si por fin me llego á enfadar,
enseñándote lo que aun ignoras,

te doy pronto una lección
en presencia de este León...
(Le zarandea y le arroja hacia Lola.)
á quien tú tanto adoras.
(En jarras y más chula que Lola.)
¡Ay, rediós, no me hagas el bú,
porque no te lo llevas tú!
Es mi afán
llevarme al galán,
si tú quieres, bien,
y si no... también.

CORO La mujer que andaluza es, etc.

(Durante este coro Lola y Miss Helyett intentan venir á las manos. Smithson y doña Circuncisión se interponen para impedirlo, pero al final del coro se agarran ambas, á pesar de la intervención de todos los personajes. Cuadro muy animado y de movimiento hasta que cae el telón lentameute.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

La misma decoración del primer acto

ESCENA PRIMERA

ISIDORO, MANUEL, LILÍ, ASUNCIÓN, ENRIQUETA, PINTORES, HORIZONTALES, BAÑISTAS, etc. Luego RICARDO

ASUNC. ¡La historia es original!
ISID. Y el escándalo tan serio
que no se habla de otra cosa.
ASUNC. ¿Y qué clase de derechos
podrá la americanita
tener sobre el ganadero?
LILÍ El ganadero, hace bien,
—yo haría igual en su puesto—
en preferir la andaluza
á esa niña de colegio.
RIC. (Que ha salido antes y escuchado las últimas pálabras.)
¿Quién dice una tontería?
ISID. Lilí.
RIC. Y aun dirá otras ciento.
LILÍ La tal Helyett me carga.
RIC. Pues es preciso estar ciego
para no admirar en ella
el delicioso compendio
de todas las perfecciones.
Miss Helyett—lo sostengo—
es una estatua bellísima
modelada por el cielo.
TODAS ¡Hola, hola!
LILÍ Deberías
llevártela de modelo.
RIC. (Incomodado.)
¡Eh! ¡Dejadme en paz, imbéciles!
(Se retira á un lado.)
LILÍ (Aproximándose á él.)
Adiós, y sueña despierto,
como dice en su famosa

comedia *La vida es sueño,*
no sé si Sellés... ó Lope...
ó Echegaray... ó Moreto.
(Vanse todos riéndose y burlándose, por el foro.)

ESCENA II

RICARDO é ISIDORO

RIC. ¿No te vas con ellas?
ISID. No.
Tengo que hablarte y me quedo.
(Con intención.)
Dime, ¿estás enamorado?
RIC. ¿De Helyett?
ISID. Sí. ¡Con qué fuego,
con cuánta pasión hablabas
de esa niña hace un momento!
RIC. No es niña; es una mujer.
ISID. No decías ayer eso.
RIC. Entre ayer y hoy, Isidoro,
hay un siglo de por medio.
ISID ¿Y á qué se debe ese cambio?
RIC. Al súbito sentimiento,
á la impresión que Helyett
me causó ayer...
ISID. Ya recuerdo.
¿Cuando se lanzó á luchar
por llevarse al ganadero?
RIC. ¡Ay, Isidoro! Ese amor
me parece tan abyecto,
tan indigno de Helyett...
ISID. ¿Quieres seguir mi consejo?
RIC. ¿Que me ausente de aquí?
ISID. Justo.
RIC. Ya lo tenía resuelto.
ISID. (Viendo venir á Miss Helyett.)
¡Adiós, mírala!
RIC. (Dando un paso hacia ella.)
¡Qué hermosa!
ISID. ¿Vas á hablarla, majadero?
RIC. Dos palabras solamente.
No te marches. Vas á verlo.

ESCENA III

RICARDO, ISIDORO y MISS HELYETT

HEL. (Desde la escalinata.)
¡Ricardo!
(Pausa.) ¿Estaba usté aquí
ayer?
RIC. (Turbado.) Sí, señora, estaba.
HEL. (Con tristeza.)
¿Y cuando usté me escuchaba
qué pensaría de mí?
RIC. Es fácil la explicación.
Lo único que yo he pensado
es que ama usted demasiado
á ese... señor don León. (Con tono despreciativo.)
HEL. (¡Oh, yo sabré reprimir
mis impulsos!)
RIC. ¡Cuánto siento
que á su feliz casamiento
ya no pueda yo asistir!
HEL. (Con interés.)
¿Por qué?
RIC. Me ausento.
HEL. (¡Gran Dios!)
(Reponiéndose.)
¿Se ausenta usted?
ISID. Ya lo creo.
Hoy mismo en el tren correo
salimos de aquí los dos.
RIC. Me entristece este paisaje
que antes tanto ponderé.
HEL. (Con tristeza.)
¿Se marcha usted pronto?
RIC. (Con afán. Acercándose.) ¿Y qué?
HEL. (Dominándose aparentando indiferencia.)
Nada... que adiós... y buen viaje.
(Se estrechan las manos.)
ISID. ¿Vienes? (A Ricardo.)
RIC. (¡Qué desilusión!)
ISID (Aparte á Ricardo.)
¿No te has convencido bien?

RIC. Al tren, Isidoro, al tren;
es la única solución.
(Vanse ambos primera derecha.)

ESCENA IV

HELYETT

(Con mucha tristeza.)
Se va... ¡No le veré más!
(Suspirando.)
¡Qué desgracia!
(Transición.) No, al contrario.
Esto era muy necesario.
Dios lo ha dispuesto quizás. (Pausa.)
Con León me casaré.
Ya no hay remedio. ¿A qué aguardo?
¿Pero olvidar á Ricardo?...
Eso nunca. ¡No, podré!
(Se queda pensativa.)

ESCENA V

HELYETT y LEÓN

LEÓN (Saliendo primera derecha.)
(¡Ella! ¡Aquí de la energía
qué le prometí á mi suegra!)
¡Miss Helyett!
HEL. (Con indiferencia.) ¡Ah! ¿Es usted?
LEÓN (¡Valor!)
HEL. (Muy seca.) ¿Qué hay?
LEÓN Hay... que la escena
de ayer... me disgustó mucho,
y no puedo, aunque lo sienta,
concederle á usted mi mano.
(En un arranque de energía.)
Pero tenga usted paciencia.
Yo amo á otra.
HEL. ¿Y qué me importa?
usted amará á quien quiera
pero se casa conmigo.
LEÓN (Con resolución.)
¡Pues yo no me caso, ea!

HEL. (Furiosa, yendo hacia él con ademán de boxear.)
¿Que no?
(Viendo á Smithson, que ha salido antes)
¡Mi padre!

SMIT. (Reposado, pero imperativo.)
Hija... vete,
que yo arreglaré estas cuentas.
(Helyett se inclina y vase por la primera derecha.)

ESCENA VI

LEÓN y SMITHSON

LEÓN ¡Canario! ¿Qué intentará?

SMIT. (Con mucha calma.)
Vaya, tome usted asiento.
Vamos á hablar un momento
los dos solos. (Se sientan.)
¡Ajajá!
(Pausa. Smithson saca del bolsillo una petaca.)

LEÓN (Creyendo que va á ofrecerle un cigarro.)
No: fume usted. Por mi parte
soy muy poco aficionado.

SMIT. No: lo que hay aquí encerrado
es toda una obra de arte.
(Abriendo la petaca y enseñándole el interior.)

LEÓN (Sorprendido.)
¡Un revólver!

SMIT. Eso, sí;
¡pero qué revólver!

LEÓN ¡Ya!

SMIT. Con un alcance hasta allá,
y un resultado... hasta allí.
Esta alhaja inapreciada
es la medalla de honor
de la casa de Crackfor
en la Exposición pasada.
Un delicioso juguete...
Siete tiros... muy sencillo:
levanta usted el gatillo,
¡pam, pim, pom! y entran los siete.
(Enseñándole un pequeñísimo revólver que ha sacado de la petaca.)

LEÓN (Cada vez más escamado.)
Vuélvale usted á guardar.
SMIT. ¿Le gusta?
LEÓN Mucho.
SMIT. Sí, ¿eh?
¡Cuánto me alegro! Porque
se lo pienso regalar.
LEÓN ¿Y cuándo?
SMIT. Al día siguiente
de su boda con mi hija.
LEÓN No es fácil que yo transija,
y lo siento ciertamente.
Pero existe otra mujer
por la cual de amor me abraso.
SMIT. Lo siento, porque en tal caso
ya no le podré ofrecer
el regalo entero...
LEÓN Bueno.
¿Qué importa? Los hay á miles.
SMIT. Le daré... los proyectiles.
LEÓN ¡Y lo dice tan sereno!...
SMIT. Siete tiros...
LEÓN (¡Pues me aplasta!)
SMIT. Como siga usted negando,
yo se los voy disparando
hasta que usté diga basta.
SMIT. (Viendo á Lola y doña Circuncisión que vienen primera derecha.)
¡Ahí vienen!
LEÓN ¡Qué situación!
SMIT. Ya sabe usted mi expediente.
¡La boda ó el convincente
sistema del pam, pim, pom!
(Apuntándole. Vase con mucha solemnidad por el foro.)

ESCENA VII

LEÓN

(Muy apurado)
¡Y este bárbaro me mata!
(Con resolución.)
No me mata, no señor.

Antes de dejarme asar
me caso, no digo yo
con Helyett, que no es fea,
sino con la Osa Mayor.
¡Entre una suegra que ahoga
y ese caníbal feroz,
prefiero los arañazos
á los siete pam, pim, pom!

ESCENA VIII

LEÓN, LOLA y CIRCUNCISIÓN

LOLA Ven, mamá.
LEÓN Sí, venga usted.
(Sin tarasca no hay función.)
CIRC. ¿Qué sucede, yerno mío?
LEÓN ¿Yerno de usted?... ¡Nunca! No.
CIRC. ¿Cómo?
LEÓN Renuncio tal honra
con un sentimiento atroz.
(Con entonación trágica muy exagerada.)
¡Un padre... padre terrible!...
CIRC. ¿Smithson?
LEÓN ¡Justo, el pastor!
Me ha prometido tostarme
como se tuesta un tostón,
si despreciando su hija
á Lola mi mano doy.
CIRC. ¿Y será capaz de hacerlo?
LEÓN ¿Si lo será? No que no.
Un juguetito... medalla
de la casa de Crackfor...
siete tiros... el gatillo...
y los siete ¡pam, pim, pom!
CIRC. (Con entonación cómico-trágica.)
¡No, no; tu vida ante todo!
LEÓN (Asombrado.)
¿Qué dice?
LOLA ¡Cobarde! ¡Adiós!
No es digno usté de una esposa
jerezana como yo. (Vase Lola foro.)

ESCENA IX

LEÓN y CIRCUNCISIÓN

LEÓN (Gran pausa. Reparando en doña Circuncisión, que le mira fijamente.)
¿Se ha quedado usted aquí
para insultar mi dolor?
(Circuncisión no se mueve. León adelanta ya sin mirarla.)
De seguro que usted goza
con lo que me pasa.
(Cae desfallecido sobre una silla.)

CIRC. (Aproximándose á él con voz conmovida.)
No.
¡Sufro contigo!

LEÓN ¿Es un sueño?

CIRC. (Tristemente.)
Adiós, hijo; adiós, León.
(Va como á salir con la cabeza entre las manos.)

LEÓN ¿Llora usted? (Levantándose.)

CIRC. Sí, lloro; vierto
este llanto abrasador
por el yerno que he perdido.
Mi más hermosa ilusión
era la de ser tu suegra.

LEÓN ¡Separarnos cuando yo
me iba acostumbrando ya
á aguantar su mal humor!

CIRC. ¡Qué bien hubieras estado
siempre enmedio de las dos;
entre tu esposa y tu suegra!

LEÓN (Igual que Cristo se vió
enmedio de dos ladrones.)

CIRC. ¡Y ese sueño embriagador
no ha podido realizarse!

LEÓN ¡Qué desgracia más atroz!

CIRC. ¡Ay, querido León Bravo!

LEÓN ¡Ay, doña Circuncisión!
(Se abrazan. Pausa. El cae otra vez en la silla. Circuncisión lo contempla, se acerca á él y le da un beso. Vase contemplándolo y echándole besos. Pausa.)

León ¡Me ha besado! ¡Ya no hay duda
de que todo se acabó!
(Se levanta. Viendo venir á Miss Helyett por el foro.)
¡Helyett!... ¡A la fuga apelo!
¡La tengo un miedo feroz!
(Vase corriendo primera derecha.)

ESCENA X

MISS HELYETT

Papá dice con fruición
que todo va bien: también
soy de su misma opinión.
Me casaré con León. (Suspirando.)
Es verdad. Todo va bien.
Y sin embargo, quizás
á otro mi pecho prefiere...
y le amo más... mucho más.
¡Bah! Ricardo no me quiere.
No me ha querido jamás.
Comprendo que ese muchacho
no me mire ni me quiera...
y hasta que le cause empacho.
¡Vestida de esta manera
estoy hecha un mamarracho!
(Comienza á arreglarse el talle, mirándose al espejo.)
Si yo á estas sayas malditas
aplicara los detalles
de esas modas tan bonitas
que llevan las señoritas
que pasean por las calles ..
Probemos.
(Levanta formando pabellón la sobrefalda de su túnico. Toda esta escena la hace mirándose al espejo y sin volver la cara al público.)
¡Así... Ajajá!
Le prendo dos alfileres...
(Coge los alfileres del acerico que está colgado en el espejo.)
¡Cuánto más bonito está! (Mirándose al espejo.)
¡Casi voy vestida ya
como todas las mujeres!

Ahora, abriendo la solapa,
el camisolín destapa
y consigo que se vea.
¡Caramba! Estaba muy fea
y ya voy estando guapa.
Y lo conseguiré al fin.
Pero con este sombrero...
¡Si parece un calesín!
Yo darle la forma quiero
del último figurín.
(Cogiendo su sombrero y transformándolo de repente. Se lo pone y se mira al espejo con satisfacción.)
¡Vamos, me sienta tal cual!
He agotado mis primores
aspirando al ideal.
(Bajando al proscenio y al público.)
Díganme ustedes, señores,
si estoy bien ó si estoy mal
(Volviendo á subir y mirándose al espejo.)
Pues no estoy bien, no señor:
aun me falta un no sé qué...
un detalle seductor
en la mujer... (Como iluminada.)
¡Ah! ¡ya sé
lo que me falta!... ¡Una flor!
(Sube á buscarla á una maceta que esta en las jardineras del foro. Baja al espejo á colocarla.)

ESCENA XI

MISS HELYETT y RICARDO

HEL. (Viendo á Ricardo por el espejo. Este queda contemplándola.)
¡Oh!
RIC. ¡Coquetilla!
HEL. (Avergonzada y dejando caer la flor.)
(¡El aquí!)
RIC. Siento haberla interrumpido.
HEL. ¡Ah!... Por favor se lo pido,
no se burle usted de mí.
(Suplicante y conmovida.)

RIC. ¿Burlarme? Nunca. Esta rosa
(Cogiéndola del suelo.)
va á completar su prendido.
Déjeme... soy entendido.
(Coloca él mismo la flor en la cabeza de Miss Helyett.)
¡Que hermosa es usted!

HEL. (Sollozando.) ¿Yo... hermosa?..

RIC. De su belleza el reflejo
al sol mismo le da enojos.
Contemple usted esos ojos
un instante en el espejo
(Llevándola de la mano ante el espejo.)

HEL. ¡Son como todos!

RIC. ¡Ah!... ¡No!
Tan hermosos y tan vivos,
tan grandes, tan expresivos
jamás los he visto yo.

HEL. No se fijó... son iguales.

RIC. (Con pasión.)
No hay quien tenga ese perfil,
ni esos dientes de marfil,
ni esos labios de corales.

HEL. (Azorada al oir á Ricardo.)
(¡Qué apuro!)

RIC. (Cada vez con más fuego.)
Oigame usted ya.
¡Helyett mía! (Cogiéndola la mano con pasión.)

HEL. (Turbada.) ¡Se exalta,
Dios mío! ¡Aquí ya hacen falta
las máximas de papá!
(Saca el libro y va pasando muy rápidamente las hojas como buscando un pasaje determinado. Leyendo.)
«Cuando el diablo tentador
toma un rumbo peligroso...»

RIC. (Con dulzura.)
No es el diablo, es el hermoso
sentimiento del amor.

HEL. (Conmovida y llevándose las manos al corazón.)
No sé lo que siento aquí...
(Leyendo otra vez.)
«Cuando el diablo...»

RIC. ¡Mal vocablo!
Deje usted en paz al diablo
y escúcheme sólo á mí.

HEL. ¡Siento extraña sensación!
RIC. Es amor, ya se lo dije.
HEL. Algo triste que me aflije
y me oprime el corazón.
Desde ayer todo mi ser
tal transformación ofrece,
que á mí misma me parece
que soy otra desde ayer.
A veces en mi alma siento
una tristeza profunda,
y otras veces se me inunda
de esperanza y de contento.
Por las cosas más sencillas
río y lloro sin querer;
si ahora me embarga el placer,
luego bañan mis mejillas
lágrimas que se formaron
por un anhelo vehemente
y que ruedan lentamente
sin saber por qué brotaron.
Siento impulsos de reir,
siento ganas de llorar,
tan pronto quiero gozar
como me quiero morir.
Y cuando el día declina
y se extinguen sus fulgores
y hunde el sol sus resplandores
tras la montaña vecina...
siento alegrías y enojos
siento dulzuras y agravios,
¡y tengo risa en los labios!...
¡y lágrimas en los ojos!
RIC. ¡Oh, sí! Ese anhelo inconsciente,
esas sensaciones nuevas
son, Helyett, claras pruebas
del amor que su alma siente.
Y en él arrastrados vamos
los dos casi sin sentirlo;
sí, Helyett, ya hay que decirlo
usted y yo nos amamos.
HEL. (Con mucha alegría.)
¡Que nos amamos, gran Dios!
RIC. (Estrechándola.)
¡Ah!.. sí.

HEL. (Transición.) ¡Soy muy desgraciada!
RIC. ¿Por qué, cielo mío?
HEL. (Con tristeza.) Nada
puede haber entre los dos.
RIC. ¿Que usted mía no ha ser?
HEL. (Pausa.)
No intente mortificarme.
Si yo he de sacrificarme,
¿por qué lo quiere saber?
RIC. (Con energía.)
No se sacrificará.
HEL. Es la única solución.
(Resignada.)
Yo me caso con León,
no hay otro remedio ya.
RIC. ¡Qué infeliz va usted á ser!
HEL. ¡Pues tengo que sucumbir!
RIC. ¿Entonces debo partir
para no volverla á ver?
HEL. Sí... aléjese... Con la ausencia
pronto me dará al olvido.
(Sollozando.)
Yo no podré... usted ha sido
la ilusión de mi existencia.
RIC. ¡Mal se conoce!
HEL. ¡Por Dios,
tenga usté de mí piedad!
La adversa fatalidad
se ha interpuesto entre los dos.
RIC. Pues bien, un favor la pido
ya que de ausentarme trato.
HEL. ¿Cuál es?
RIC. Hacer el retrato
de la que tanto he querido.
Será un apunte ligero. (Coge el album.)
Esto es cosa de un instante.
HEL. (Llora.)
¡Mi retrato!
RIC. Ese semblante
triste, no es el que yo quiero.
Risueña, como la ví
hace poco.
HEL. (Secando sus lágrimas procurando sonreir.)
No podré.

RIC. Pues es preciso.
HEL. (Con cara sonriente.) Yo haré
todo lo posible.
RIC. Así.

(Durante el ritornelo de la música, Ricardo la coloca de pie y con la mano derecha apoyada en la silla.)

Música

RIC. (Sentándose y con el album abierto sobre las rodillas.)
Para esa imagen deliciosa
en el papel reproducir,
no quiero verla á usted llorosa,
verla deseo sonreir.
HEL. ¿Cómo obligarme á que sonría
cuando el adiós le voy á dar
y se destroza el alma mía
y siento ganas de llorar?
RIC. El dolor que la apena
dé al olvido por mí.
HEL. ¿Así? (Casi llorando.)
RIC. (Contrariado.) No, no es así.
HEL. (Sollozando.)
No puedo más...
RIC. ¡Helyett!
Cálmese y sea buena.
Quiero verla serena.
HEL. (Sonriente y volviendo á apoyar sobre la silla la mano derecha.)
¿Estoy ya bien así?
RIC. (Gozoso.)
Muy bien está usté así.
(Mientras dibuja en el album.)
No ví jamás, no tal,
tan bello original.
Quieta un momento.
Ni un movimiento.
Hágalo usté por mí.
¡Qué [redacted] está [redacted]! muy bien así
HEL. Ya que estoy bien así,
no saldrá mal por mí.

—

RIC. Pero mi vista, ¡qué sonrojos!
un velo enturbia á mi pesar.

(Con voz entrecortada por la emoción.)
Lágrimas siento que á mis ojos
quieren, cobardes, asomar.

HEL. Viendo en usted gran entereza
podré su ejemplo imitar,
si no me da usted fortaleza
al verle así, voy á llorrar.

RIC. (Serenándose.)
El dolor que la apena
no vi jamás, no tal, etc., etc.

HEL. Ya que estoy bien así
no saldrá mal por mí.

RIC. ¡Qué bien está usté así!

Hablado

RIC. Ya el retrato está acabado.

HEL. ¿Y estoy parecida en él?

RIC. Exacta. Es su rostro fiel.
El corazón me ha inspirado.

HEL. ¿Siempre le acompañará
mi imagen?

RIC. Sí, Helyett, sí.
Siempre la llevaré aquí. (Señalando al corazón.)

HEL. (Acercándose á mirar el album.)
¿A ver?

RIC. (Dándole tembloroso el album.)
Mírela usté.

(Helyett, muy conmovida, va á tomar el album. Este cae al suelo. Al recogerlo Helyet lo abre al azar y echa una mirada á la página por donde lo ha abierto.)

¡¡¡Ah!!!

(Cae en brazos de Ricardo, que la estrecha contra su corazón.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, SMITHSON, LEÓN, LOLA, CIRCUNCISIÓN, TODOS LOS PERSONAJES DE LA OBRA y CORO GENERAL

SMIT. (Al ver abrazados á Ricardo y Helyett.)
¡Eh!... ¿La vista no me engaña?
¿Qué significa tal lío? (A Helyett.)

Respónde.

HEL. (Señalando á Ricardo.)
¡Este es, padre mío,
el hombre de la montaña!

RIC. (A los pintores.)
¡Dadme el parabién cordial!

ISID. ¿Se te quitó ya el esplín?

RIC. Sí, amigos míos, al fin
me caso con mi ideal.
(Presentando á Helyett.)

JAIME ¿Y yo ahora á ver qué hago?

LEÓN Hombre, una idea me alegra.
Cásese usté con mi suegra
y se la lleva á Chicago.

SMIT. ¡Alegría general,
pues dichosos al fin son!

LEÓN ¡Viva nuestra doble unión!
¡Y venga un baile final! (Repetición del can cán.)

Baile

FIN DE MISS HELYET (PETTITE)

OBRAS DRAMÁTICAS DE D. SALVADOR MARÍA GRANES

Comedias en cuatro actos

Los hombres de talco.

Comedias y dramas en 3 actos

Crisis matrimonial (Comedia).
El estrangulado (Drama).
Roger Laroque (Melodrama).
Dios, patria y rey (Drama).
León de la selva (Comedia).
La labradora (Drama).
El boticario de Navalcarnero (Comedia).
Vida y milagros de San Isidro (Melodrama).

Comedias en dos actos

La Pleitomanía.
El señor de Manzanillo.
¡Ellas!
Los alfilerazos
Los amigos íntimos
La redención del pasado (Drama).

Comedias en un acto

El salto mortal.
Don José, Pepe y Pepito.
Soy yo.
Mala Sombra.
Receta para casarse.
Mi mujer y mi vecino.
Las campanillas.
Un simón por horas.
El Conde de Cabra.
Al borde del abismo.
El joven del perro grande.
La Pasión de Jesús.
Los abrazos.
Guerra y paz.

Zarzuelas en tres actos

Así en la tierra como en el cielo
Barba Azul.
La Princesa de Trebisonda.
Los brigantes.
Un casamiento republicano.
La pradera de San Gervasio
El pompón rojo.
La panadera del Campillo.
La Archiduquesa.
La criolla.
La Santa Cecilia.
Miss Helyett.
Sustos y enredos.
El Angel de la guarda.

Zarzuelas en dos actos

Abel y Caín.
Dos leones.
Martes 13.
Entre Pinto y Valdemoro
El jóven Cupido.
Los habladores.
El Prado de ayer y hoy.
En el nombre del padre.
La telefonista.

Zarzuelas en un acto

¡Me cayó la lotería!
La Plaza de Antón Martín.
Un perro grande.
La fuerza de voluntad.
Amor á pedradas.
Hacer el oso.
Fuego en guerrillas.
Una señorita en rifa.
¿A que no se quién soy yo?
Circo nacional.
Al borde del abismo.

El año del diablo.
Después del Diluvio.
Ardid de guerra.
C. de L.
Por subir al piso 4.º.
¿Se puede?
Por la tremenda.
Se necesitan oficialas.
Al borde del abismo.
Soy yo.
El fresco de Jordán.
La receta del doctor.
Juana que llora y Juan que ríe.
La canción de Fortunio.
Curro Cúchares.
Periquito entre ellas.
El Capitán Araña.
Teatro Nuevo.
Brinquini.
Circo Nacional.
El amor por los cabellos.
El mundo va á arder.
Un perro grande.
Un viaje al otro mundo.
Uno más uno, igual cero.
El gato en la ratonera.
La sonámbula.
Te espero en Eslava tomando café.
A seis reales con principio.
Mis tres mujeres.
Un baile de trajes.
El grito del pueblo.
La liga de las mujeres.
A tí suspiramos.
El voto del caballero.
El día de la Ascensión.
El señor Juan de las Viñas.
Florinda ó la Cava... baja.
Grandes y chicos.
Juanito Tenorio.
La hija de la Mascota.
Los enemigos del cuerpo.
Manicomio político.
Tula.
El abrazo de Vergara.
Vista y sentencia.
¡Santiago... y á ellas!
Ki-ki-ri-kí.
Los Presupuestos de Villapierde
Una ópera en Azuqueca.
La estatua de D. Gonzalo.
El baño de Diana.
El Rayo.
Los Presupuestos de Ex Villapierde (reformados).
La Dinamita.
Cascarrabias.
La Godinica.
Jaleo Nacional.
Ceno con mi madre.
El abrazo de Vergara.
El Señor de Barba Azul.
La rifa del beso.
Miss Helyett (petitte).

PARODIAS

COMEDIAS

La sanguinaria.
El mojicón.
Dos cataclismos.

ZARZUELAS

El marsellés.
Ni se empieza ni se acaba.
El carbonero de Subiza.
Consuelo... de tontos.
Carmela.
Thimador.
Guasín.
El salto del gallego.
Mis' Erere
Dolores... de cabeza.
La Golfemia.
El Balido del Zulú.
La Farolita.
La Fosca.